

La crisis brasileña

Theotônio Dos Santos

La coalición de fuerzas políticas que sostuvo el gobierno de Fernando Henrique Cardoso durante cerca de ocho años entró definitivamente en crisis. El origen de esta situación se encuentra en el agotamiento de una política económica que parecía exitosa en su comienzo pero que llevó de hecho al país a una de las más graves encrucijadas de su historia.

Esta fue la historia de las experiencias neoliberales de los años 90. Salinas duró seis años de esplendor, hasta la crisis del 94. Menem alcanzó a ser reelecto una vez, pero no lo logró en una segunda oportunidad, hasta que su país entró en la dramática crisis actual. Fujimori también consiguió una reelección, cayendo al querer imponer un tercer mandato. En Venezuela la crisis explotó en el Caracazo de 1989, con Carlos Andrés Pérez en el Gobierno, pero fue suplantada con más de 10 años de consenso neoliberal, que ganó la mayoría de la izquierda y pasó el bastión de la oposición al líder del intento insurreccional que se ligara al Caracazo: Hugo Chávez. Es-

tos y otros casos indican que se amplía la convulsión social y política a que nos llevó la adopción del Consenso de Washington en la región. Y es necesario tener en cuenta que los primeros años de éxito de estas políticas se debieron fundamentalmente a la existencia de reservas en divisas significativas en todos estos países al comienzo de estas experiencias.

Las reservas acumuladas durante la suspensión del pago de la deuda externa en la segunda mitad de los años 80 aseguraron las políticas de sobrevaluación de las monedas de cada país. Sumadas a los recursos generados por las privatizaciones en el mismo perio-

Theotônio Dos Santos: profesor titular de Economía en la Universidad Federal Fluminense; coordinador de la Cátedra y Red Unesco-Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible; presidente del Consejo Consultivo de Relaciones Internacionales del Estado de Río de Janeiro.

Palabras clave: elecciones, situación política, Brasil.

do, permitieron la atracción de capitales especulativos de los centros financieros internacionales para cubrir los déficits comerciales generados por las políticas de cambio alto. Pero en seis o siete años, los compromisos generados con la entrada de capitales externos, atraídos por altos intereses pagados por los Estados involucrados en gigantescas deudas públicas en moneda local o en dólares, empiezan a agotarse. En su estela dejan un endeudamiento público colosal que imposibilita cualquier política de inversiones públicas, alcanzando incluso los gastos públicos tradicionales y provocando un retroceso de la participación del Estado en la economía real y una crisis fiscal sin precedentes.

Es necesario insistir en que la menor participación estatal en los gastos públicos no impide que este mismo Estado aumente enormemente sus gastos en el pago de intereses, que es hoy la verdadera fuente del déficit público. En el caso de Brasil, los pagos de intereses por el sector público superan 8% de PBI. Mientras tanto el balance primario (excluyendo los intereses) del presupuesto presenta un superávit de cerca de 4%.

Estos gobiernos lograron de esa manera invertir totalmente el sentido de la actividad estatal. El Estado existe para pagar intereses y no para realizar políticas públicas. Mientras los capitales entran más de lo que salen y las rentas de empresas públicas aumen-

tan la liquidez de las cuentas públicas parece que estamos en el paraíso.

Lo mismo ocurre en el sector cambiario: la existencia de una moneda fuerte aumenta de manera milagrosa el poder de compra de la clase media en el exterior y pone a su disposición productos importados de todo el mundo a precios más accesibles. Luego, el agotamiento de las divisas es causado por el déficit comercial y por la salida de ganancias obtenidas por el capital especulativo o por el envío de las ganancias extraordinarias provocadas por una privatización corrupta, genera una situación contraria. Se inicia así la era de las devaluaciones, de la escasez de divisas, de los créditos no reembolsables, de las quiebras del sector financiero. Pasamos así del cielo al infierno en pocos días. Los líderes de esos procesos se transforman de genios milagrosos de la economía en vulgares ladrones perseguidos por los poderes públicos. Las ambiciones de un tercer mandato se evaporan junto con el fracaso económico y las revelaciones sobre su costo ético. Esta es la etapa del ciclo del Consenso de Washington que vive Fernando Henrique Cardoso en el momento presente. Imposibilitado por su propio partido de abogar por un tercer mandato, que dependería de una reforma constitucional, le cabe presidir un proceso electoral complicado.

El problema más grave es la convicción creciente que se desprende de las encuestas de opinión pública: que el

pueblo no votará más al candidato de Cardoso. Al mismo tiempo, su partido reivindica comandar cualquier proceso electoral para sucederlo. Esta determinación originó un enfrentamiento creciente entre el Partido de la Social Democracia (PSDB) y el segundo partido del frente político que apoya al Gobierno. El PFL ha sido un fiel escudero del presidente, que gobernó con un programa de derecha, más al gusto de este partido que del suyo. Pero el instinto de supervivencia política del PFL lo lleva hacia la oposición. Hay que subrayar el intento del PFL de lanzar una candidatura propia que le permita negociar en mejores condiciones la sucesión, frente a la determinación del PSDB de tener su propio candidato presidencial y preferir llegar a un acuerdo con el PMDB para la vicepresidencia. De esta forma se completa un ciclo de distanciamiento entre el PSDB y la más consecuente derecha neoliberal. Así, las fuerzas políticas quieren abandonar el barco del fracaso económico de las políticas neoliberales. De un lado, todos reconocen que la inflación se contuvo durante el plan económico, pero, al mismo tiempo, advierten que se ha pagado un costo extremadamente elevado por esta estabilidad económica, y que tal vez exista alguna alternativa a esta política que condujo a ocho años de estancamiento y a una actual situación de claro perfil recesivo.

En 2001 el crecimiento del PBI ha sido de 1,5%, en un país en que el índice demográfico crece 1,3% y el mercado

de trabajo absorbe una población en periodo de crecimiento de 2,3%. Generamos a cada año una masa increíble de jóvenes desempleados, mejor dicho excluidos del mercado de trabajo que sirven de combustible al aumento de la violencia. Los estudios de opinión indican que los temas de la violencia y del desempleo son los que preocupan a la mayoría. Y cada vez se hace más clara la correlación entre los dos fenómenos. También se atribuye cada vez más claramente esta situación a los efectos de una política económica fundamentalmente recesiva.

Estos hechos explican las contradicciones en el frente gubernamental. De un lado, el PSDB y la fracción oficialista del PMDB buscan separarse del PFL, cuyo perfil derechista es presentado como el principal inspirador de las políticas recesivas del Plan Real. De otro lado, el PFL busca separarse del Gobierno en su conjunto para presentar una candidatura presidencial «independiente». La escogida fue la gobernadora del Maranhão, hija del ex-presidente José Sarney, Roseana Sarney. Desconocida por la mayoría de la población del país, como lo fue en su momento Fernando Collor, hecho presidenciable por los medios electrónicos, Roseana alcanzó el segundo lugar en las encuestas tras pocas semanas de mensajes publicitarios basados en su condición de mujer. Mientras tanto, el candidato del PSDB y del Gobierno, José Serra, no logra crecer electoralmente.

Frente a esta situación, sectores del Gobierno expusieron ante la opinión pública las múltiples acusaciones que residen en la justicia contra Roseana Sarney y su marido. Esto incluyó un allanamiento de una de sus empresas. Hija, padre y hermano, conocidos como el «clan Sarney», reaccionaron violentamente exigiendo la ruptura inmediata del PFL con el Gobierno. Los acontecimientos se precipitan poniendo en riesgo la hegemonía de la derecha. Desgraciadamente la izquierda no ha generado aún una propuesta política sólida. Hay una clara intención de ganarse las fuerzas de centro para una propuesta alternativa que el país tanto desea. Una fórmula sólida que ex-

cluya el fracaso de De la Rúa en Argentina, que terminó incorporando a su gestión al ministro Cavallo, símbolo del gobierno neoliberal. Está claro que es necesario partir hacia una nueva política económica que recoleque a Brasil en el camino del crecimiento económico, del pleno empleo, del desarrollo humano y sostenible. Y a pesar de las afirmaciones contrarias del pensamiento único, por demás fracasado y desmoralizado por la práctica social, este camino existe y será posible si se crean las condiciones políticas para tanto. De esto se trata en los próximos meses en Brasil.

Río de Janeiro, abril de 2002